

COJANU, Bogdan Eduard, *La Pragmatique dans la Didactique de l'Arabe Langue Étrangère*, București, Editura Universității din București, 2024, 224 págs. ISBN: 978-606-16-1517-9.

Recibido: 02/05/2025

Aceptado: 18/11/2025

La monografía de Bogdan Cojanu trata el tema de la enseñanza y aprendizaje del árabe con un enfoque pragmático, para identificar y responder a los desafíos que la bien conocida pluriglosia árabe nos plantea. El libro consta de tres partes y de unas conclusiones equilibradas. Las partes segunda y tercera se dividen en tres secciones y varios capítulos que incluyen conclusiones parciales.

La ardua misión en la que se embarca el autor es, pues, evaluar la aplicabilidad del Marco Común Europeo de Referencia para las lenguas (MCER, CEFR en inglés) al árabe, pero en detalle: nivel por nivel, descriptor por descriptor. En cuanto al objetivo es intelectualmente muy honesto: tomar nota y respetar la realidad lingüística del árabe, preguntándose y verificando, al mismo tiempo, cómo y cuánto es factible la correspondencia de los descriptores ya existentes o (eventualmente) identificados en la práctica (pp.173-181).

El trabajo de Cojanu incluye un recorrido riguroso y puntual tanto a través de las prácticas didácticas desarrolladas en países árabes (pp.45-87), con una exhaustiva revisión de los libros de texto utilizados en la región, como de las europeas y de los Estados Unidos (pp.87-167), con igual abundancia de análisis y mención de los materiales didácticos más utilizados a lo largo de los años. Si bien se trata de un análisis puramente teórico, sin participación directa *in situ* del autor en las prácticas docentes mencionadas, la panorámica ofrecida es rica y bien articulada, y permite al autor llegar a la cuestión que más le interesa: la aplicabilidad de los descriptores del CEFR al idioma árabe.

Bogdan Cojanu ha llevado a cabo su investigación tanto para los estudiantes como para los profesores. Los primeros, considerados con el objetivo respetuoso –tal vez más a largo plazo– de crear un mecanismo válido para ofrecerles una evaluación fiable de sus habilidades. Los segundos, de los que él mismo forma parte, son desde el principio los mayores beneficiarios de su monografía, ya que pueden encontrar una amplia discusión sobre las pautas más útiles para conducir a los estudiantes a la adquisición segura de las habilidades objetivo.

El autor reconoce muchas investigaciones y trabajos anteriores y, entre muchos conceptos y teorías clave, menciona el *code-shifting*, además de los conocidos *code-switching* y *code-mixing*. Ante esta realidad lingüística, se pregunta si es posible enseñar realmente el *continuum* que los tres fenómenos mencionados presuponen y, de serlo, cómo podría llevarse a cabo esa enseñanza. A continuación, detalla lo que se debe enseñar, qué orden se debe seguir, destacando que las habilidades receptivas, sin duda, preceden a las productivas. Al pasar de la oralidad a la escritura, el autor identifica las bases de esta última como un medio facilitador para la adquisición de la capacidad inicial de discriminación fonética.

Detalla sucesivamente las habilidades individuales, ofreciendo su lectura sobre la variedad de árabe involucrada en cada una. Por lo tanto, argumenta caso por caso que: 1) la lectura y la escritura siguen siendo el predominio del estándar y que, aunque legítimamente pueden ser entrenadas en árabe coloquial, encontraríamos no pocos problemas o ambigüedades debido a la falta de estandarización del dialecto; 2) la conversación, sin duda, debe prevalecer en árabe coloquial, que sigue siendo hasta hoy más complejo enseñar, porque los marcos de referencia dejan muchas lagunas a este respecto; 3) la escucha se separa de las otras habilidades para ser una competencia clave, tanto en árabe estándar como en coloquial; 4) la interacción y la mediación entendida como la acción para facilitar la comunicación cuando existen barreras lingüísticas o culturales son adecuadamente analizadas a fondo. La interacción, (pp. 205-211) no solo significa hacer compras, advierte Cojanu, por un lado; por otro, la mediación (pp. 211-219) implica el acceso a un texto o mensaje, su comprensión y la capacidad de manipularlo, como una competencia mucho más compleja también para los niveles avanzados.

Otras cuestiones que aborda este trabajo son el concepto de competencia lingüística (pp. 219-221), que desagrada a los *insiders* o hablantes nativos –puesto que la conciben como navegar en el *continuum*– y a los *outsiders* o hablantes no nativos –que la percibirán como la necesidad de dominar al menos dos códigos–. Cojanu no pone en duda en absoluto esta necesidad, sino que la trata como una necesidad reconocida que, sin embargo, mientras siga siendo un mero reconocimiento no ayuda a la obtención eficaz de competencias utilizables. Queriendo superar el reconocimiento con la puesta en práctica concreta, no parece posible hoy día identificar procedimientos totalmente fiables, algo que parece corresponder a una habilidad propia del docente individual. Sin embargo, Cojanu califica como artificial el proceder primero con la lengua estándar para luego buscar remedio a lo incompleto de tal oferta didáctica.

En conclusión, el autor insiste en su tesis principal: cueste lo que cueste, identificar un marco dedicado al árabe representa la verdadera *quidditas* que sería de ayuda también para enseñar. Cojanu es plenamente consciente de que nos espera un largo camino para tal empresa y concluye que la mejor solución es reforzar la enseñanza del árabe estándar, que puede ser utilizado de manera funcional y no totalmente artificial. Recomendando, igualmente, no descuidar el aprendizaje del dialecto que debe integrarse con la oferta simultánea de un curso: al mismo tiempo, pero en rutas separadas. El autor expresa su convicción de que la competencia sociolingüística para usar una variedad hablada es mucho más crítica para los estudiantes que adoptar, aunque artificialmente, el árabe estándar para tareas cotidianas que, de hecho, en su mayoría no lo implican. Bogdan Cojanu nos invita a ser pedagogos pacientes, aceptando que la curva de aprendizaje del árabe sea un poco más larga.

El desarrollo de la materia es elegante, académicamente respetuoso y puntual. Todas estas características bien podrían haber dado a Cojanu el derecho de ir más allá, por ejemplo, preguntando: ¿A quién le conviene preferir el árabe estándar? ¿A quién beneficia esta estandarización?

Posiblemente conviene al mercado de las certificaciones, siempre acechando a las espaldas de profesores dedicados y sinceros investigadores. Sin duda, sería más fácil ofrecer cursos y, luego, preparar y vender pruebas de árabe estándar que no dialectales. O me gustaría preguntar al autor sí, en el futuro, podría interesarle añadir a su minucioso y muy útil análisis de los descriptores, nivel

por nivel, un «quién puede enseñar qué». A cada nivel su profesor, con su experiencia, su fuerza intelectual, su competencia técnica y, por qué no, su energía. Cojanu estaba en su derecho, después de un tratamiento tan riguroso, de atreverse a hacer una propuesta que incluyese ejemplos concretos de módulos de enseñanza que tal vez no satisfaría a todos, pero sin duda parece necesaria para dar un apoyo concreto al debate teórico. También, sus indudables capacidades y experiencia ante el reto de diseñar una oferta curricular concreta para enseñar el árabe, podrían haber inducido a Cojanu a inclinarse un poco más en favor de ese árabe coloquial que él mismo conoce y respeta profundamente. Y hay que respetarlo, con prioridades de estudio asignadas, porque el lenguaje hablado es experiencia e implicación, cambiante, rápido, inalcanzable en algunos momentos donde siempre encontraremos esas famosas características compartidas (*shared features*), que caracterizarán de vez en cuando a nuestros interlocutores, pero nunca pertenecerán a ningún descriptor preciso.

Letizia Lombezzi
Università di Bologna, DSPS